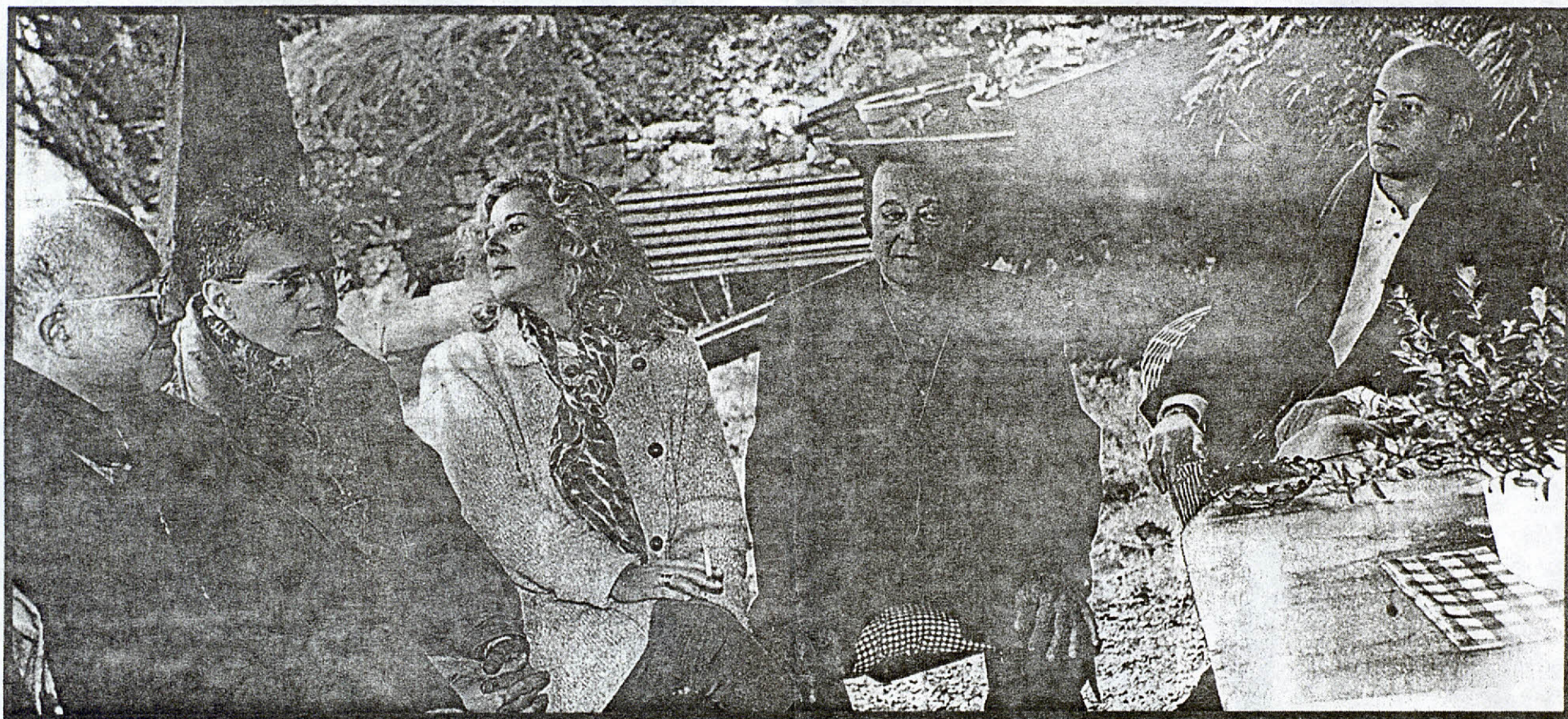


▼ CONVERSACIONES EN VALDEDIÓS: JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO ▼



José Luis Prado, Mariano Arias, Marisol García Conde, José Agustín Goytisolo y Las Heras, en uno momento de la charla en Valdediós.

«Nunca escribo pensando en las masas»

CONVERSACIONES
EN VALDEDIÓS

Texto: Juan Neira
Fotos: Pañeda

Si un género literario resulta fronterizo con la música, ése es la poesía. La búsqueda del ritmo haría de los versos una materia válida para un pentagrama. Los poemas de José Agustín Goytisolo son el mejor ejemplo de ello. Multitud de cantautores le pidieron prestados poemas para embellecer los acordes de sus guitarras

José Agustín usa chaqueta cruzada sobre un apellido -Goytisolo- que respira calidad literaria por todos sus poros. Sabedor de ello, trata de amortiguar el efecto de sus palabras. «Quítale gravedad a todo. Cuando transcribas esto, dale sencillez, relativiza los juicios. Allí cada uno, que cada cual se coma sus uñas». Dicho.

—Muchos cantantes le pusieron música a diversos poemas suyos. ¿Qué se siente cuando se oye una poesía propia entonada por un cantautor y sostenida por una música ajena?

—La primera vez que la escucho experimento una sensación un poco rara; luego, te acabas acostumbrando. Llego un momento en que, de pura repetición, sucede lo mejor, y es que oyes el texto, la canción, como si fuera ajena a ti, no consideras esos versos como propios. Así debe ser, que toda la atención se ponga en el poema y nos olvidemos del poeta. Digo esto porque yo que soy alérgico a los libros de memorias, no me gustan. A mí, del ayer, me van las imágenes, pero no esas reelaboraciones siguiendo pautas de interés propio, llenas de imposibles justificaciones, a posteriori, de actitudes que se tuvieron.

—Las imágenes, las fotos del pasado, en su caso dan para mucho, al menos a juzgar por su último libro, Las horas quemadas.

—Sí, es cierto. Viendo fotos de épocas pretéritas de mi vida, me da cuenta de que yo pensaba en imágenes. Entre foto y foto, sólo existía un hueco que me sentía incapaz de rellenar, así que me ceñí a las imágenes. Es un libro visual y reflexivo. Me interesa, extraordinariamente lo que puede sugerirle a los lectores concretos, porque todo poema termina en el lector. Yo, cuando escribo, nunca pienso en las masas, aunque canten a coro textos míos, sino en lectores individualizados. En ese sentido la poesía, como género literario es muy agradecida, porque se presta a ser recordada, y la gente te para por la calle para preguntarte si aquel poema tuyo estaba inspirado por tal o cual vivencia. Con la novela esa experiencia es imposible, nadie puede detallar un argumento leído.

—Su veta lírica parece que nace con un trauma: su madre muere en un bombardeo durante la guerra civil.

—Ésta es la primera motivación. Este hecho aparece de una forma

más constante en mi literatura que en la de mis hermanos por una

escribir es anterior. De niño hacía cuentos que luego rompía. Más tarde fui consciente de que tengo oído para la musicalidad del verso. Aunque para gran parte del público permanezca oculto, en la poesía de verso libre hay una cadencia, una censura, un ritmo interno que estructura formalmente el poema.

—¿Qué estado es desde el punto de vista creativo más fecundo la tristeza o la euforia?

—Cuando uno está eufórico, debe tomar notas en papelitos y guardarlas en los bolsillos de la chaqueta. La euforia es algo similar a tener unas copas de más, es un estado en que uno puede tener ideas brillantes, pero no puede desarrollarlas, no está capacitado para trabajar sobre ellas. El estado normal, o incluso, la tristeza son más adecuados para el trabajo cotidiano.

—Usted se pasó media vida coqueteando con la depresión, ¿con qué armas logró vencerla?

—Es algo que le debo al litio. En la actualidad, hay días que estoy más alegre y otros en que estoy más triste, pero

dentro de unas ciertas oscilaciones, dentro de una cierta franja de normalidad, gracias al litio. A lo que nunca recurrí es a técnicas de tipo religioso como el psicoanálisis. Conozco a gente que está diez o doce años unida a un terapeuta, con una dependencia del diván increíble. Al final, ninguno de los dos sabe el papel que interpreta cada uno. Además, a mí, una cosa que me molesta profundamente es que sea el psicoterapeuta el que tome notas de lo que se habla. Me ocurría lo mismo de crío con los curas, en el confesionario; ellos eran los únicos que hacían preguntas: ¿Te masturbas? ¡Y qué carajo le importa! O nos sinceramos todos, o mejor nos quedamos en silencio. El litio fue el gran argumento, ya que el cuerpo y el alma son lo mismo; constituyen dos maneras de referirnos a la misma realidad. Curando el cuerpo, cura el alma, por eso el alma, al morir, no puede volar al cielo, porque es indisoluble del cuerpo.

—Hablando de tristezas y euforias, para Fernando Pessoa el poeta es un fingidor.

—Fingidor es todo artista. Finge algo que no está en la naturaleza. Hasta un cuadro paisajista es una ficción, no se encuentra en ningún sitio. En lo que no debe fingir es en la posición ante la vida, la forma de ver la realidad. Hace falta un mínimo de coherencia, no se puede



Goytisolo, despidiéndose del prior, Jordi Givert.

cuestión de edad, tuve más tiempo para conocerla. Pero el hecho de

hay días que estoy más triste, pero

SIGUE

CONVERSACIONES EN VALDEDIÓS: JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

SIGUE

estar cambiando de ideología. Yo cofundé la UGT después de la guerra y siempre fui consecuente con esa forma de actuar. Resultan patéticos esos virajes bruscos que dio alguna gente pasando de la sacristía al Partido Comunista y al revés.

—¿Qué opina de la poesía politizada?

—Las traslaciones mecánicas de la militancia a la poesía produjeron, a veces, auténticos engendros. Pablo Neruda hace un canto a Stalin y al ser Stalin un cabrón, Neruda queda como un cerdo. Yo poesía panfletaria hice mucha, pero no la firmé.

—Usted fue muy amigo del general Ochoa, fusilado por Fidel Castro. ¿Cómo ve a la Cuba actual? ¿Qué queda de la revolución?

—Estuve de corresponsal de guerra en Angola durante siete meses, y trabé una gran relación con el general Ochoa. Después de lo de Albania, la revolución cubana quedó convertida en un fósil. Hasta los chinos han evolucionado. Yo comprendo que para los izquierdistas de salón, la isla da una imagen numantina muy estimulante para su sentido estético, pero no se tiene de pie lo que está pasando. Cuando se mira la forma de satisfacer las necesidades de la gente, uno comprende que Mao no era más revolucionario que los actuales dirigentes chinos, ni Fidel Castro encarna una política de progreso para Cuba. No es sólo la economía el cáncer de Cuba, sino la esclerosis política. Los turistas van a la isla a divertirse, no aportan nada. Hubo un momento en que pareció que el régimen iba a evolucionar, pero la presión de la Administración republicana norteamericana, y la falta de financiación rusa, por las dificultades internas que atravesaban durante la Perestroika, hicieron que Castro jugara al ajedrez: se enroco, endureció su posición y ahora no cabe posible continuidad tras su desaparición. El cambio será inevitable. Digo todo esto sintiendo al pueblo cubano como algo mío, no en vano mi bisabuela era de Trinidad y mi abuelo de Cienfuegos. En su pasaporte ponía: 'Provincia de Cuba'.

—Al margen de los aspectos políticos, los países del tercer mundo siempre resultaron, desde un punto de vista estético, muy cautivadores para intelectuales y artistas del Hemisferio Norte.

—A mí, la hermosura del escribidor de la miseria no me gusta. No la entiendo. Yo nunca comprendí como mi hermano Juan, que vive en Marruecos, no critica a Hassan. Para llegar a su casa hay que ir apartando a niños que están enfermos, que les faltan brazos... No logro hacer ninguna consideración estética en este entorno. En África siempre hubo guerras tribales, pero la llegada de la civilización europea produjo el desastre. Desde los países avanzados hubo dos formas de instalarse en el tercer mundo: conquistando como los ingleses en la India, con chalés, campos de cricket, el ferrocarril siguiendo la ruta del té, o colonizando con casas de piedra como portugueses y españoles. Las dos formas tienen sus inconvenientes, aunque yo creo que el negro vive peor que el indio. Hoy todavía hay reservas de indios que hablan el castellano.

—Dice su hermano Juan, en



El prior y el poeta, durante la visita que realizaron a la biblioteca de Valdediós.

Coto vedado, que lo primero que hace al llegar a la habitación de un hotel de una ciudad extraña es mirar en la guía de teléfonos para ver si hay algún Goytisoło. En la literatura de nuestros días, con ese apellido, usted y sus hermanos forman una 'marca' propia. ¿Qué hay de diferente y de parecido entre ustedes?

—Somos tres escritores distintos. Ninguno de los tres tuvo actitudes seguidistas respecto a los otros dos. El punto en común es la biblioteca familiar; durante los años treinta, cuando éramos niños, leíamos libros a los doce años, que otros no leyeron hasta los veinte, los treinta o no leyeron nunca. Yo publiqué mi primer libro de poesía a los veintiséis años, y claro, en él no emulaba esos textos que se leen ahora en aulas o talleres de cultura, o como se llamen. Yo me reflejaba en los libros que había en la biblioteca familiar. Cada uno es deudor de sus lecturas. Respecto a mis dos hermanos, Juan y Luis, tengo que decir que son dos nove-

listas muy distintos. Juan se adentra en un tipo de narrativa fantástica de tipo clásico, Luis es mucho más metódico, con un lenguaje más elaborado. Novelísticamente, son muy distintos.

—Se le ve muy irónico con esas 'aulas' y 'talleres' de cultura, ¿cree que las consejerías de cultura autonómicas promocionan la literatura, el arte, o reparten su presupuesto a la ligera, con el único norte de captar votos?

—¡Hombre...! Es evidente. No sé si su estrategia es la captación de votos, pero respecto a lo de actuar a la ligera no hay duda de ningún género. Recibo del mapa autonómico, por correo, veinte libros distintos cada mes; casi un libro diario. Por ahora, el broche de oro le corresponde a Castilla-La Mancha que editó una antología con los cien mejores poetas actuales de Ciudad Real. Si se tomaran en serio la cultura, tendrían que abordarla, íntimamente, unida a la enseñanza. La cultura nacional o autonómica tiene que completar planteamien-

tos que se exponen en la enseñanza. El papel de un ministerio o de una consejería de cultura es la promoción del patrimonio cultural nacional. Lo que es una frivolidad y, además, no sirve para nada, es gastar el dinero en becas a chicos de diecinueve años para que escriban una novela.

—¿Así que nunca colaboraría como profesor en un taller o en un aula cultural?

—Odio los talleres literarios. En Nicaragua todos escribían igual que Ernesto Cardenal; algunos lo hacían mejor que él. Ese tipo de enseñanzas poéticas no me dicen nada.

—¿Le gustaría ser miembro de la Real Academia de la Lengua, como su hermano, Luis?

—No, nunca, jamás. Si pienso en eso, me mareo. En un verso mío digo que quisiera saber si su papel higiénico limpia, fija y da esplendor. ¿Qué voy a hacer yo en la Real Academia? No sé fijar normas. Estaría todo el día dando vueltas por sus pasillos, tomando cafés con unos y otros. No sería útil para la

institución.

—¿Qué opinión tiene de la crítica literaria?

—Ha llegado a ser más importante, socialmente, que la propia obra que juzga. En Barcelona conozco a más críticos que escritores; sucede como con los hispanistas, tocamos a tres por cada escritor. Hay un tipo de crítica literaria textual, que se lleva hoy día, que no me interesa nada. La encuentro un coñazo. Hay otro tipo de crítica que está en función de modas, de razones extraliterarias. A Kavafis lo jalean porque es homosexual. Veremos dentro de cien años, cuando esa característica no sea un valor añadido, lo que opina de la crítica de él.

—Tuvo, a lo largo de su vida, una gran relación con escritores como Martín Santos, Juan Benet, Jaime Gil de Biedma, Carlos Barral, Hortalano y un largo etcétera, ¿qué posó le dejó su trato?

—Si tuviera que hacer un juicio muy general, diría que se trataba de gente que se tomaba la profesión muy en serio. En una época, como fue el franquismo, que si no te reías estabas perdido. Al que no demostraba un acusado sentido del humor le llamaban la atención. Una cara seria era sospechosa. Yo hice un poema que se llama *Setenta y dos horas*, que refleja el tiempo que te podían tener detenido en una comisaría. Había que dejar correr el tiempo, haciéndose el loco, sin demostrar actitudes heroicas. No conozco a ese hombre; no oí nada. Aguantar unas bofetadas, y a la calle.

—Su generación, la del cincuenta, ideológicamente, de izquierdas, guardó un espeso silencio sobre la corrupción gubernamental de los años noventa.

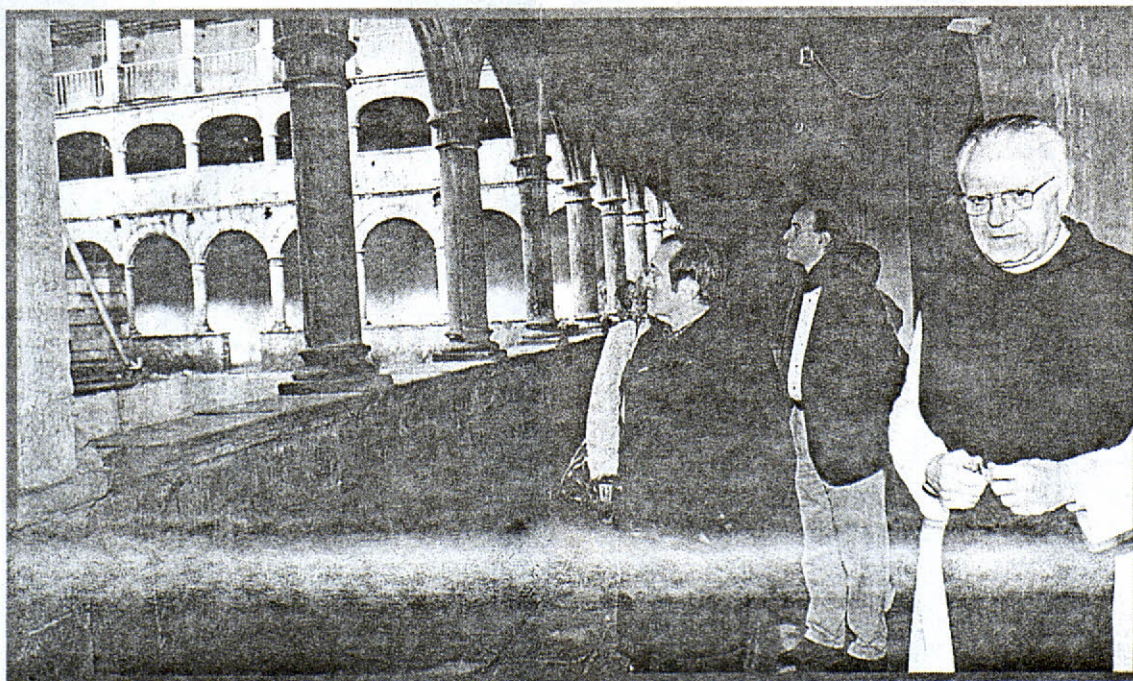
—Cada palo que aguante su vela. Yo sí escribí sobre ello en los periódicos. Sobre el escándalo de Juan Guerra, sobre otro asunto de Hospitalet. Yo respondo por mí, si no llego a escribir de ello, el silencio me habría creado un trauma.

—¿Qué le parece la Cataluña de Jordi Pujol?

—Pujol va a lo suyo. Es una suma de nacionalista, burgués y católico. Le sucede lo mismo que a Arzallus, y que a Aznar, son tres gatos en el mismo tejado que para comer la pescadilla tienen que ponerse de acuerdo entre ellos, y a veces, necesitan pactar con el diablo, que es Anguita.

—¿Le parece Pujol igual que Aznar?

—Hombre, tienen los mismos componentes ideológicos, y buscan la misma finalidad: conservar el poder. Se dice que Cataluña va al centro y, en realidad, hacia lo que va es a la derecha. Igual ocurre en España, se transmite una idea de gobierno centrado, cuando en el mismo partido del PP tienen integrada a la extrema derecha. ¿Qué se diría en Francia si Juppé tuviese a Le Pen en su formación, en vez de estar la extrema derecha estructurada en una organización aparte? Ahora, ya se meten hasta con el Rey, por haber anunciado la boda de una hija suya con el deportista ese..., el mismo día que Aznar se entrevistaba con Clinton. El PP quiere acallar a la opinión pública como en su día hicieron todos los gobiernos autoritarios. Yo no soy pesimista soy realista, observo lo que pasa. Tratan de capitalizar la mejora de la economía, como hacía Franco con el turismo, olvidando que era una suma de sol y barato.



José Agustín, con Las Heras y el prior en el claustro.